

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL

ELASTICIDAD Y ENQUISTAMIENTO

Las regiones de España no tienen el mismo grado —ni el mismo modo— de regionalidad. Imponer a muchas de ellas un mismo grado de autonomía sería tan artificial —tan violento— como negarlo a las que lo desean, apetece, necesitan. Por eso, la estructura regional de España, que debe establecerse cuanto antes, superpuesta a la provincial, no puede ser rígida ni homogénea. Crear una serie de unidades análogas, puramente formales, sin contenido en muchos casos, con la tentación de convertirse en minúsculos «Estados» que reprodujesen miméticamente las estructuras nacionales, no llevaría más que a tres consecuencias: 1) un inmenso despilfarro; 2) la multiplicación de una de las plagas mayores de nuestro tiempo, que es la burocracia; 3) los reinos de taifas, el enquistamiento de cada región en sí misma.

En una perspectiva democrática —única que puede tener porvenir, y que por tanto merece consideración—, sería fácil conseguir una organización «elástica», vivaz, diferenciada, heterogénea, fiel a la realidad, de las personalidades regionales. Existe una institución muy desdibujada y de escasa significación: las llamadas Diputaciones provinciales; bastaría sustituirlas por Diputaciones regionales para que tuviesen efectividad, asuntos reales de que ocuparse, atribuciones de largo alcance, valor representativo. Estas Diputaciones podrían asumir un número diverso de funciones, según la capacidad, la voluntad, el grado de diferenciación de los problemas de cada una de las regiones. Ese repertorio de funciones no debería estar fijado de una vez para todas, sino que podría muy bien aumentarse con el tiempo, a medida que se realizase la integración de las provincias de cada región.

Cada región tendría así un poder efectivo, nada ilusorio, mayor o menor según fuese su realidad, sin enmascaramientos formales. La soberanía nacional estaría así articulada, compartida internamente con las regiones —de la misma manera que deberá compartirse la de cada nación con las demás dentro de Europa o de Occidente—. En una futura organización del Estado, podría pensarse, como una posibilidad, en un Senado compuesto por los representantes de las Diputaciones regionales, que completase las funciones legislativas de unas Cortes elegidas por sufragio universal y directo de todos los ciudadanos españoles.

Esto llevaría, claro está, al establecimiento de autoridades regionales —que hoy no existen—, tanto electivas dentro de cada región como de representación de la Nación en cada una de sus regiones. No se trata de «debilitar» el Poder nacional, sino de robustecer los poderes regionales: la suposición de que la Nación sólo puede ser fuerte si las regiones son débiles, y a la inversa, me parece un peligroso error. El Estado debe estar «presente» en todas las regiones, «vivir» en ellas, no huir de todas para «retraerse» defensivamente a una abstracta «sede central». En una época en que el gobierno es en tan alto grado

técnico, no hay razón para que todos los ministerios estén concentrados en Madrid; algunos cumplirían mejor sus funciones en Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla, la Coruña... Sería normal que el núcleo específicamente político residiera en Madrid; pero se podría distinguir entre el Gobierno en sentido estricto y la Administración —me refiero a la nacional—; esta no tiene por qué estar concentrada en Madrid y no actuante en la actualidad de España, allí donde concretamente convenga.

Creo que el mayor peligro de lo que puede llamarse la «regionalización» es la multiplicación de instituciones, la creación de minúsculas estructuras estatales, en gran parte vacías de contenido. Lo interesante son las «funciones», con el mínimo institucional necesario para su actividad efectiva, con el aprovechamiento máximo de las ya existentes. Cada región iría adquiriendo así una mayor o menor «densidad» institucional según fuesen sus realizaciones, en la medida en que fuese asumiendo y cumpliendo acciones económicas, administrativas, sociales, educativas. Eso que llamo densidad institucional debería ser variable; se iría, a la vez, necesitando y mereciendo; de este modo se evitaría la inflación regional, tan peligrosa como la económica.

Y ese crecimiento o intensificación de la personalidad regional no podría significar mengua de la nación, segregación o apartamiento de la región, sino al contrario: mayor participación en la vida nacional, contribución más enérgica a la vida del conjunto de España. Cuanto más «regional» fuese una región, más «nacional» sería, quiero decir más verdaderamente actuante, más presente en la realidad total, más indispensable al resto de los miembros.

...

Por supuesto, al hablar de intensificación o crecimiento hay que tener presente que cuando se habla de cosas humanas todo es cualitativo. La personalidad regional es personalidad porque tiene naturaleza proyectiva; las regiones son modulaciones de lo español, que no existe de manera abstracta, sino en concreto, es decir, en una u otra forma regional. Cada región, pues, se desarrolla en una dirección determinada, de acuerdo con esa misteriosa realidad de que hablé anteriormente, y que es una forma de «vocación» colectiva. A veces he comparado dos regiones de fortísima personalidad: Andalucía y Cataluña. Es evidente que se proyectan en direcciones muy diferentes, que tienen dos formas de intensidad escasamente parecidas; desde un modelo parecería que la otra región tiene poca personalidad; naturalmente: tiene en grado altísimo la suya propia. Y uno de los grandes temas —de las grandes tareas españolas— sería el descubrimiento de la verdadera personalidad de las regiones, fraccionada por la división provincial, encubierta por la homogeneidad administrativa del Estado, reprimida o sofocada en oca-

siones por su incompreensión y su prepotencia, empujadas otras veces por el particularismo negativo y exclusivista.

Yo diría que hay que establecer «regiones sin fronteras». Recuerde lo que dije antes de las provincias: existen, son reales; lo malo son sus límites. Son ámbitos, en principio abiertos, determinados por los centros de irradiación de sus capitales (o de algunas ciudades que no lo son). Son verdaderas en tanto que no se aíslan; son eficaces con tal que se interpenetren. Cuando en el siglo XVIII se suprimieron las aduanas interiores, España respiró (y se dilató prodigiosamente: de entonces data la prosperidad de Cataluña). Análogamente, las regiones tienen que ser ámbitos de enérgica personalidad sin esqueleto externo, nunca crustáceos. Nada de España puede estar vedado a ningún español; ninguna modalidad española —capacidad de desarrollo, uso, lengua, devoción histórica— puede estar proscrita ni debe ser estorbada.

Las diversas regiones han tenido talentos y vocaciones peculiares. La aptitud para la industria no coincide forzosamente con la inventiva bancaria —para no salir de lo económico—; las dotes musicales no tienen por qué coincidir con las pictóricas; tal vez una región ha participado poco en la historia militar del país y mucho en la científica; la literatura de ciertas regiones es mucho más rica y brillante que la de otras. No se ve por qué han de ser en todo comparables; no hay razón válida para que no haya una diversificación de funciones y competencias.

Pero sin olvidar que la historia consiste en variación; que, por tanto, no hay modos de ser fijos y permanentes; que las vocaciones y los proyectos nacen, se transforman, tal vez se marchitan, dejan lugar a otros nuevos. Si no hay «caracteres nacionales» rígidos y permanentes, ¿cómo va a haberlos regionales? La Inglaterra de tiempos de Isabel se parece bien poco a la de Victoria, y el tipo humano del inglés del siglo XVI difiere enormemente del que vivió en el siglo XIX. La Alemania idílica, de pensadores y músicos, que veían los europeos a fines del siglo XVIII o en la época romántica, difícilmente se identificaría con la Prusia de Bismarck o la Alemania nacionalsocialista. Si esto es así, ¿podemos esperar que Extremadura sea permanentemente la de Cortés y Pizarro o la de hace ochenta años —tan distintas—? ¿Vamos a considerar a Cataluña como una invariable petrificada? ¿Cuántas Castillas ha habido, cuántas podrá haber, aunque sean siempre Castilla?

Urge el establecimiento —o el restablecimiento— de la libertad en todos los órdenes. Por la razón de que el hombre «es» libre, y sólo deja de serlo en la medida en que es menos hombre, en que se deshumaniza. Y una de las libertades más necesarias es la libertad frente al tópico, frente a la corteza inercial de ideas muertas que nos envuelven y aprisionan.

Julián MARIAS

EN BUSCA DE UNA RESPUESTA

LA RAZON Y SUS RAZONES

Lo malo del asunto es que, en definitiva, sigue en manos de filósofos. Porque el concepto mismo de «razón» ni siquiera es propio científico. La ciencia —la ciencia auténtica: los métodos científicos— constituye, sin duda, y por definición, el punto máximo de «racionalidad», e incluso de «racionalismo», de las actividades humanas. Gracias a su rigor y a su eficacia, eficacia y rigor interdependientes, vamos tirando. A través de la industria, de la farmacia, de los entretenimientos complementarios, tenemos la vida entera montada sobre los beneficios de las catedras y los laboratorios, en términos inconcebibles hace cien años. De ahí procede todo: desde la máquina eléctrica de lavar la ropa hasta las excursiones a la Luna, pasando por la aspirina, los discos de Mozart y las latas de conservas. Con todo, la premisa teórica continúa siendo vaga. La ciencia se limita a justificar sus procesos mediante la piedra de toque de la coherencia lógica, en primer lugar, y con la evidencia empírica de sus resultados, enseguida. A eso solemos llamar «racionalidad». La palabra no deja de ser una improvisación consolatoria, y arrastra consigo un turbio problema lingüístico rayano en la tautología. «Racionalidad» remite a «razón». ¿Y qué es la «razón» sino otro vocablo abstracto, todavía más difícil de precisar desde la herencia filosófica?

Un «ilustrado» del XVIII, por supuesto, sabía a qué atenerse acerca del particular. Para él, la «razón» era, más que nada, una actitud militante. Quizá no se daba cuenta —o no completamente— de que esa «razón» le venía por los cordones umbilicales de la Escolástica, con Aristóteles y algún que otro griego más al fondo. Los escolásticos, por lo menos, consideraban que la «razón» era un «algo» intrínseco del hombre: lo que le hacía hombre, precisamente. ¿En qué consistía ese «algo»? El entusiasmo setecentista no se paró a explicarlo. O sí: hubo algunos filósofos que intentaron hacerlo, y se metieron por los vericuetos de la psicología. Al fin y al cabo, puestos a empezar, convenía hacerlo por el principio, lo cual llevaba a plantear las posibilidades y los límites del «conocimiento»: pienso en Locke, en Condillac, en gente así. Pero,

en el fondo, la tendencia del Siglo de las Luces se concretó en una lucha contra lo «irracional». Y lo «irracional» tenía nombres y aspectos concretos, de experimentada constancia: dogmatismo, superstición, mística, erupciones fanáticas. La burguesía, entonces «clase ascendente», necesitaba derribar estos obstáculos rutinarios y asustados, y logró un cierto éxito en el propósito. Voltaire fue uno de sus barrenderos. ¿Y no lo era todavía, en pleno XX, aquel gran tipo llamado Bertrand Russell?

La «razón», a otro nivel, permanecía en el territorio de los metafísicos. Basta comparar lo que la «razón» era para Diderot o Voltaire, y lo que fue para Kant o Hegel. Para Diderot, Voltaire y demás familia, la «razón» no podía ser sino un arma: un instrumento de liberación, bien o mal entendido, clasista y lo que se quiera, pero enérgicamente emancipador. Para Kant, y Hegel y los suyos, fue la tinta del calamar. Aún hoy, las aulas del medio mundo occidental y cristiano no acaban de digerir un postulado tan sorprendente como el de que «todo lo real es racional», ni han llegado a conclusiones aforables para encontrar un reajuste entre la «razón pura» y la «razón práctica». Cuando Jean-Paul Sartre se metió en el lío con su «razón dialéctica», no hizo más que complicar la cosa: echar más tinta, y de calamar. Sartre, pese a sus encantadoras participaciones en la alegre algarada trosko-libertaria, no ha abandonado su trinchera de filósofo, en el peor sentido de la etiqueta. La «razón», sean cualesquiera los apellidos que se le cuelguen, «dialéctica», «práctica», «pura», es una noción confusa. Filosóficamente, es una noción aristotélica, tomista, cartesiana: una fantasmagoría elucubradora. Los «racionalistas» antimetafísicos y caústicos también combatían contra esa falsificación de la «razón». Hoy día, el planteamiento no ha cambiado. El «irracionalismo» de Sartre, por ejemplo, sigue siendo una pústula insidiosa.

Sartre, «existencialista» —«irracionalista»—, nos envía al patetismo ancestral de los cristianos mal avenidos con sus Iglesias: Pascal, Kierkegaard, Unamuno. Y antes se entrometió Freud. Freud es el gran fraude terapéutico de la centuria y una prodigiosa fábula de especulación

psicológica: hay que ser ciego para no verlo. Pero Freud contribuyó, más que nadie, a deteriorar los clisés de una «razón» abusivamente expeditiva. El Gran Circunciso de Viena, y el resto de la sinagoga discipular, pusieron en primer plano la realidad de lo «irracional» básico. Digámosle «inconsciente». Se trataba de todo lo contrario de Pascal, de Kierkegaard, de Unamuno, y Sartre lo sabía. La réplica de Lukács tampoco es convincente: el «racionalismo» militante, a nuestras alturas, tampoco puede ser tan pedestre ni tan apodíctico —¿apodíctico, un «racionalismo»?— como el de Lukács. ¿Y cómo decirlo sin incurrir en una penosa confusión semántica? Lo diré, sin embargo: Lukács tiene razón, en gran parte, desde luego. «Tener razón» es una fórmula curiosamente y abyectamente sospechosa, cuando estamos hablando de la «razón». Sea como fuere, Lukács tenía razón en sus recelos. La sobrevenida moda de la «nueva lógica» analítica, dicen, y con exigencias implacables con el lenguaje, quizá desdén la trama de intereses profundos que en todo eso se empeña. Esos neofilósofos de la lógica, incluyendo la lógica matemática, tendrán razón, contra los que aparentemente tenían razón, respecto a la razón...

El alud antirracionalista puede venir del lado menos previsto. Y con escarapelas revolucionarias, incluso. Mientras tanto, la idea de «razón» permanece oscurecida. La veta romántica, tan penetrante —desde los poemas surrealistas hasta las canciones de los Beatles y de Manolo Escobar— no pierde posiciones: más bien todo lo contrario. Entre Rousseau y Voltaire, la victoria sigue siendo indecisa, a dos siglos de distancia. Aunque, quizá, todo bien sopesado, ese enfrentamiento sea una ficción más. El conocido truco de que «el corazón tiene sus razones que la razón no siente» es un juego de palabras extraordinariamente bonito, y de ahí su éxito: Pascal ha pasado a la posteridad por esta serpiente verbal, más que por sus conclusiones matemáticas. Si la «razón» es una perspectiva ambigua, ¿qué será el «corazón»? El «corazón», para don Blas, no era una víscera: era una entelequia. El «corazón razón», y la «razón no siente»: estamos, pues, ante

Freud. Freud tuvo la antífica ocurrencia de sustituir «corazón» por «inconsciente», «ello», «complejo de Edipo», racionalizando la cosa: procurando «cientificarla». La cantidad de poesía que se cierne sobre el tema, inmensa, impide que lleguemos a conclusiones respetables. Desde Shelley o Rimbaud a Paul Eluard o Carlos Riba, no salimos del «corazón», no ya pascalino, sino petrarquesco. El rictus sarcástico de Voltaire se sobrepone. ¿El «corazón», la «razón»? La telaraña no rebasa las lindes de la literatura.

Literatura lo es todo: sin descartar a Freud. La ciencia empieza a unos centímetros. ¿Con qué «razón»? En las oficinas del «saber científico» no figura la costumbre de exigir formulaciones serias, fundamentales. Newton, más allá de su física, compartió las más estúpidas irracionalesidades de su tiempo, y lo mismo puede decirse de sus sucesores, sin excluir a Einstein y a los más recientes, que, cuando desculdan su disciplina, se dedican a filosofar. Los dislates de los filósofos puros —pongamos Heidegger— no son excesivos al lado de los que emanan de notables «hombres de ciencia». (La diferencia es que, pese a su filosofía, los científicos producen artilugios admirables y remedios médicos...) ¿La «razón»? ¿Cómo darle una configuración clara y útil? ¿Qué es la «razón»? Así, en seco, pido una respuesta válida: ¿qué es la «razón»? Y no hay que esperarla. Porque lo que digan los filósofos será un caramelo de menta. A una escala menor, pragmática, todos sabemos lo que es «razonable», en un área de discreción utilitaria, de pacto y de arreglo. En la línea de la ciencia, la «razón» es un «método». Ya lo apunté al principio de esta nota. Un método: un «racionalismo». Que no procede de la «razón» —o sólo de una esperanza de «razón»—, pero que ayuda a crearla. La «razón» es una palabra oscura y excitante. A ella nos afilamos los desterrados hijos de Eva que no nos chupamos el dedo. Pero sin olvidar su conficción de fantasma...

Joan FUSTER

Nuevos hechos sobre la pérdida del cabello

La primera y más grande organización internacional, 60 sucursales, fórmulas y productos exclusivos registrados. Nuestros Institutos han sido muchas veces limitados pero nunca logrados.

Queremos informarles que existe el tratamiento de higiene capilar adecuado para conservar y conseguir que el cabello fino y parcialmente atrofiado se vigorice. El tratamiento de higiene capilar Akers-I. C. Internacional constituye un gran avance en el campo de la ciencia cosmética aplicada a la renovación del cabello caído precozmente o debilitado.

Cada caso de calvicie prematura o de pérdida periódica de cabello tiene unas características particulares y debe ser tratado conforme a las mismas. Sólo nos resta añadir que el Instituto Capilar Internacional está bajo control médico conforme a lo establecido por la Ley. Usted puede tener plena confianza en todos los tratamientos cosméticos hechos en nuestro Instituto. Visítenos hoy mismo o reserve hora por teléfono.

Instituto Capilar Internacional

Método AKERS-I. C. Internacional
Únicos institutos auténticos en España:
Avenida José Antonio, 634, 10º Desp. ABC, Esquina
Paseo de Gracia. Teléfono 231-87-32. BARCELONA
Edificio Eurotodo, octavo. Teléfono 21-22-47. VALENCIA
Méndez Núñez, 1-3. Teléfono 22-82-94. SEVILLA
Diputación, 4 bis, quinto. Teléfono 21-93-99. BILBAO
Avenida José Antonio, 62, séptimo. Despacho 5.
Teléfono 248-22-48. MADRID

Consultas:
Lunes a viernes, de 10 a 20 horas
Sábados, de 10 a 18 horas
Dir. M. Pira Maderal
Dir. Médica: Dr. Martí Tarré
Institutos en Londres, París, Niza, Marsella, Berlín,
Hamburgo, Munich, Viena, Zurich y Ginebra
TAMBIEN PARA PERSONAS QUE RESIDAN FUERA
(C. P. S. 179)

